

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

¿Qué cosas le puedo contar a usted, lectora insumisa, que todo lo sabe, que todo lo conoce, y si no lo inventa? ¿Qué puestas luminosas de sol le puedo describir? ¿Qué lunas llenas le puedo bajar a usted, mujer plena y rubicunda? ¿Qué lluvias gratas y plenas le puedo describir, a usted, hembra conocedora, acariciadora y lúdica? ¿A qué ríos caudalosos la puedo a usted llevar? ¿A qué nubes blancas y juguetonas la puedo llevar para recostarnos sobre ellas y soñar y ver abajo el mundo inquieto y pasmoso? ¿Cuáles, de todas las estrellas rutilantes, le puedo prender a su túrgido pecho, hembra de todas mis entrañas? ¿Cuáles flores, de las miles que abren sus pétalos e irradian colores infinitos, le puedo traer para formar un lecho en donde, recostados en él, podamos olerlas y tentarlas y contemplarlas, para luego, siguiendo ese camino de la ruta marcada por el inclito Eros, acariciarnos nosotros, tocarnos nosotros, tentarnos nosotros, contemplarnos nosotros y vivir largas horas de ensueños florales? Sí, lo dicho, ¿qué puedo yo hacer, humilde servidor de Baco y seguidor empedernido de los mandatos de mi diosa, doña Afrodita, con usted, alumna distinguida y preponderante y aventajada y que recibe calificaciones sobresalientes de la Venus imperiosa?

Ante esta avalancha de preguntas, ante este cúmulo de apreciaciones festivas, las respuestas que yo pueda dar son varias y de muy distinto color. Me explico: yo, cuando estoy frente a una dama, créanme que sucumbo, que no tengo argumentos, que no puedo razonar, que soy hombre al agua, que fenezco, que lo único que acierto hacer es retirar mis caballitos del campo

de batalla y postrado, esperar lo que ella pueda hacer conmigo. Yo seguiré obediente sus mandatos, sus órdenes. Yo, limitado en mis argumentos, aprenderé -y lo he hecho a lo largo de años y años, pero lo aprendido nunca será suficiente ante la sabiduría de la hembra-, y aprehenderé todo lo que ella vaya dictando y haciendo en las trifulcas amorosas. Vale.

Lo anterior viene a cuento por lo siguiente: paseaba yo por la ribera del río, el rumor de sus aguas creaba un ámbito de sueño. Los árboles se mecían a las caricias del viento, los monos aullaban a la distancia, los loros parloteaban sus cosas íntimas, las aves cruzaban entre las ramas y se juntaban en sus nidos, los insectos zumbaban inquietos. Llegué luego al bohío al que fui citado. Llegué lleno de aquel sudor rico de selva. Llegué con ojos azorados, llegué con el alma en un hilo, llegué con la respiración entrecortada, llegué expectante, llegué sin lastres, sin pasado, sin presente, llegué con un hoy lujurioso y demandante, llegué como llegan los viajeros que cruzan el Sahara, llegué como el viandante que arriba cansado, sediento, hambriento de todo, deseoso de agua, deseoso de recibir lo fresco de una brisa, de escuchar una voz de mujer, de recibir las caricias de ella, caricias que recomfortarán los músculos, los brazos, el rostro, las piernas, el pecho. Llegué y el lugar estaba vacío, ella no estaba. Primer golpe mortal. Primer lloro de amores juveniles, primer desencuentro con los sueños y la realidad. Primer cuestionamiento de las relaciones amorosas. Primeras lágrimas, y no furtivas, sino ciertas, abundantes, plenas. Primer tropiezo en las sendas tortuosas de los combates corporales. Primer sollozo. Desamparo y tristeza. Lancé a los cuatro vientos mi grito quejumbroso. Los ¡ay de mí! retumbaron en las faldas de las montañas. Creo que en el inter pasaron muchas estrellas, desfilaron los aerolitos, el cometa cruzó los cielos, el sol jugó a entrar y salir, la luna de cuarto menguante se fue cuarto creciente y de ahí llegó a su plenitud. No teniendo más que hacer, me metí al río, sus aguas me tranquili-

zaron de aquella ausencia. Los peces que me miraban calmaron mis inquietudes. Luego me sequé tendido en la arena, el sol cumplió conmigo su labor. Cuando la luna empezaba su desfile nocturno. Me levanté. Tomé aire. Pasé la mirada por el bohío, que ahora me parecía inhóspito, más vacío que nunca. Oscuro, tétrico. Caminé el camino de regreso al poblado más próximo. Lo hice como si fuera un sonámbulo solitario y triste. Mis pasos los escuchaba yo mismo, su sonido sordo me indicaba que en el amor se gana, en el amor se pierde, en el amor existen gozos celestiales, momentos de maravilla, instantes de quejidos, horas de insomnio. Que en el amor ni todo se gana ni todo se pierde. Que unas veces el triunfo está presente, otras que la sensación de derrota se nos presenta de continuo. Sol y sombra. Blanco y negro. Alegría y llanto. Así es la historia. Nunca aprenderemos a fondo la lección que se nos presenta día a día.

Entré al bar del pueblo. Tomé varias copas de vino tinto. Miré por la ventana. Afuera todo transcurría con normalidad. El perro presuroso que va a algún lugar que sólo él sabe dónde queda. Los niños llorando, las niñas corriendo, los abuelos mirando a la nada, los padres afanándose en las tareas cotidianas, el vendedor que grita los beneficios de sus ungüentos milagrosos, el cura que pasa orondo por la calle, los párvulos marchando directo a su escuela, la vaca que faraónicamente deambula por doquier... Afuera todo en calma. Afuera la vida continúa. Yo debo continuar. Yo debo hacer otra cita con mi amada. Quizá ahora sí se presente en el bohío, quizá ahora sí la tenga entre mis brazos, quizá ahora sí ella pueda gozar de mis besos. Quizá... ❏

www.carlosbracho.com



Carlos Bracho